



ENIGMAS HISTÓRICOS AL DESCUBIERTO

César Vidal

DE JESÚS A BEN LADEN

¿Por qué estuvo España sola en Lepanto? ¿Cuándo nació Jesús de Nazaret? ¿Fue Ben Laden un agente de la CIA? ¿Quién ordenó el asesinato del general Prim? ¿Quién y por qué realizó las matanzas de Sabra y Shatilla?... Preguntas como éstas se han repetido en muchas ocasiones sin encontrar una respuesta suficientemente aclaratoria. En el presente libro, César Vidal se enfrenta con veinticinco enigmas históricos y los resuelve de manera documentada, imparcial y sólida. El resultado es un libro interesante y ameno que gusta por igual a los aficionados a la Historia y a los totalmente profanos porque, finalmente, en esa Historia nos hallamos inmersos todos.

A los compañeros de la redacción de *Libertad Digital*, que tantos momentos gratos me proporcionan

Introducción

Si tuviera que enumerar alguno de los placeres relacionados con la investigación histórica con los que me he topado a lo largo de mi vida, estoy convencido de que en los primeros lugares figuraría el descubrimiento del misterio. Ciertamente, la labor historiográfica, aunque siempre debe buscar narrar la realidad como fue, reviste maneras muy distintas de expresarse. Con seguridad pocas resultan más gratificantes que aquellas que, de manera inesperada, nos muestran que los hechos y las personas no fueron tal y como se nos ha dicho tantas veces, que determinadas versiones históricas han de ser descartadas porque se originaron en la pereza, la maldad o la pura ignorancia y que en nuestras manos reside la posibilidad de hacerlo. En ese trance el historiador no se convierte en canal de propaganda —como, lamentablemente, sucede tan a menudo— sino en cauce de verdad.

Ese tipo de trabajo historiográfico concluye en ocasiones con la redacción de gruesos volúmenes donde se dan cita una selección de fuentes numerosas y conclusiones documentadas. Sin embargo, no resulta inhabitual que en otras ocasiones los hallazgos se circunscriban a aspectos más limitados en su exposición y más idóneos para ser recogidos en un artículo o un reportaje periodístico.

A lo largo de más de quince años de investigación histórica, como es el caso del autor de estas líneas, ese tipo de hallazgos se va sumando en carpetas, notas sueltas y apuntes que obedecen al deseo de que no se pierda lo que apareció en el curso de una investigación mayor, a la

curiosidad de ver lo que de real existe en alguna información repetida vez tras vez por los medios de comunicación, a la respuesta proporcionada en medio de algún debate televisivo o a las preguntas de algún lector que escribe ansioso por dilucidar la realidad que se oculta tras determinado episodio histórico. Soy consciente de que muchas veces tales materiales acaban perdiéndose sin llegar a cuajar más allá de una conversación con amigos aficionados a la Historia, pero en otras terminan encontrando su camino hasta el papel y allí quedan recogidos con mayor o menor fortuna.

Fue así cómo una parte de los enigmas aquí recogidos aparecieron publicados en *Libertad Digital*, el prestigioso periódico en internet a cuyo director, Javier Rubio, debo agradecer la gentileza de permitir ahora su publicación impresa. Aunque la versión que aparece en este libro presenta algunas variaciones en cuanto a su extensión y formulación con los enigmas ya publicados en la red, recoge sustancialmente los mismos contenidos. Otra parte de los capítulos que aparecen a continuación deriva, por el contrario, de ese conjunto heteróclito de materiales que se van acumulando de manera dispersa y al que antes hacía referencia.

Como seguramente sospechará el lector, los veinticinco misterios resueltos en este volumen son únicamente una porción mínima de los que se han ido acumulando en mis archivos por las razones citadas o por alguna otra más. Seleccioné éstos —que aparecen recogidos de manera cronológica— conjuntamente con mi editor Ricardo Artola porque en ellos se combinan diversos aspectos que me parecen de interés. En términos temporales, abarcan grosso modo los últimos dos mil años de Historia humana a los que no se puede negar su carácter esencial. Precisamente por ello comienzan con la figura de Jesús de Nazaret, a partir de la cual contamos nuestra era y concluyen con Ben Laden, el personaje que más ríos de tinta —no siempre nítidos—

da ni clara— ha hecho correr precisamente a partir del primer año del nuevo milenio.

Temáticamente, he procurado que la selección resultara lo más polifacética posible. Así, en este volumen aparecen enigmas de tipo religioso junto a otros de carácter político, se combinan las cuestiones morales con el espionaje, se desvela la red de propaganda que ha seguido cubriendo acontecimientos históricos cercanos e incluso se relata la realidad que históricamente subyace en ciertas afirmaciones que, no por repetidas muchas veces por la prensa, resultan ciertas. Espero que el resultado final haya sido satisfactorio.

A diferencia de la mayoría de mis trabajos relacionados con la Historia, la presente es una obra de divulgación —e incluso, si se me permite decirlo, de entretenimiento con base histórica— y carece de otras pretensiones que no sean las de acercar la macrohistoria a los lectores profanos o meramente aficionados. No he renunciado ni un instante al rigor en ese cometido pero, formalmente, se pueden apreciar considerables diferencias entre este libro y otros ya redactados por mí en el pasado. Para aquellos que deseen profundizar en las tesis, cuidadosa y documentadamente contrastadas, suscritas en estas páginas, he añadido al final de la práctica totalidad de los capítulos un comentario bibliográfico donde indico obras que podrán colmar en un primer paso ese deseo.

Nada más. Basta ya de preámbulos. Los enigmas y su resolución los están esperando. Adéntrense en ellos y disfrútenlos.

Madrid, primavera de 2002.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El estudio histórico de la figura de Jesús constituye una de las causas peor servidas por los historiadores prácticamente desde la Ilustración. Mientras que a un lado se alinean los que pretenden modelar a Jesús partiendo de su configuración confesional —tarea bien complicada si se tiene en cuenta que fue un judío que nunca renunció a serlo—, enfrente se agrupa un heteróclito colectivo de sacerdotes que perdieron la fe, católicos que dejaron de serlo y propugnadores del materialismo histórico cuya relación con la crítica histórica sería es meramente casual —si es que existe— y cuyo conocimiento de las fuentes resulta cuando menos deplorable. Lo cierto es que, a diferencia de la mayoría de los personajes históricos, Jesús sigue planteando retos que deben responderse y el deseo, quizá inconsciente en algunos casos, de eludirlos impulsa a ciertas personas a intentar demoler dialécticamente lo que históricamente tiene una extraordinaria solidez. Posiblemente uno de los espectáculos más patéticos en este terreno sea asistir a la redacción de libros y panfletos pedantes y carentes de solidez historiográfica que repiten tesis con olor a naftalina surgidas en el siglo XVIII y regurgitadas durante el XIX y las primeras décadas del XX. Su atraso es aún mayor al que supondría en el terreno de la informática abandonar el CD-ROM o los disquetes para optar por las tarjetas de cartón perforado.

A pesar de todo, los buenos estudios sobre Jesús existen y derivan en no pocas ocasiones de autores judíos. Sigue ocupando entre ellos un puesto de honor *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*, de Alfred Edersheim, una obra

extensa, documentada y con abundantes referencias a las fuentes judías.

Sobre la época de redacción de los Evangelios sigue siendo de lectura obligatoria el libro de J. A. T. Robinson *Redating the New Testament*. Aparecido en los setenta, dio lugar a un debate historiográfico que ha abundado en sus tesis insistentes en que los cuatro evangelios canónicos se redactaron antes del año 70 d. J.C. Coincidió sustancialmente con esa visión y a ella he dedicado un apéndice en *El legado del cristianismo en la cultura occidental* (Madrid, 2002). Igualmente le había dedicado algunas referencias en mi *Diccionario de Jesús y los Evangelios* (Estella, varias ediciones).

La referencia a la conjunción astral observada por Kepler ha sido recogida en varias obras, ya que es un hecho muy conocido —lo que no excusa que también haya gente que lo ignore—, pero la versión más popular, divulgativa y accesible se encuentra en W. Keller *La Biblia tenía razón* (Barcelona, varias ediciones).

Por lo que se refiere a las profecías mesiánicas y sus categorías —hijo de David, siervo sufriente, etc.—, le he dedicado considerable espacio en *El judeo-cristianismo en la Palestina del siglo I. De Pentecostés a Jamnia* (Madrid, 1993), y en mi *Diccionario de Jesús y los Evangelios* ya citado. No obstante, nada de eso debería impedir estudiar obras clásicas al respecto como la de Charles A. Briggs *Messianic Prophecy. The Prediction of the Fulfillment of Redemption through the Messiah* (Peabody, 1988).

1

¿Cuándo nació Jesús de Nazaret?

Para la mayoría de las personas, el nacimiento de Jesús se produjo en la noche del 24 al 25 de diciembre del año cero, tal y como parecería desprenderse del calendario — litúrgico y civil— que utilizamos en la actualidad. Que nuestra era está marcada por el impacto que ha significado para Occidente, primero, y para el resto del mundo después el nacimiento de Jesús es un hecho que no admite duda. Sin embargo, desde una perspectiva historiográfica persiste una pregunta: ¿cuándo nació Jesús?

Para el común de los mortales, Jesús nació durante la noche del 24 al 25 de diciembre de un año que podríamos denominar convencionalmente cero. Los datos históricos apuntan, sin embargo, a unas coordenadas temporales bien distintas. Por curioso que pueda parecer, Jesús nació antes del inicio de la denominada era cristiana o era común. El Evangelio de Mateo 2, 1 ss —un texto que el descubrimiento del papiro Thiede obliga a fechar en torno al año 40, es decir, menos de una década después de la ejecución de Jesús— señala que el nacimiento se produjo cuando aún vivía Herodes el Grande. De este monarca de origen idumeo, aunque reinó sobre Israel, conocemos casi todo gracias a los datos contenidos en las obras históricas de Flavio Josefo y en algunas fuentes clásicas. Entre ellos se encuentra el hecho de que murió en el año 4 a. J.C. Esta circunstancia, muy bien atestiguada históricamente, nos obliga a concluir que Jesús debió de ver la primera luz antes de esa fecha y, de manera indirecta, nos proporciona una explicación también histórica para el episodio de la denominada estrella de Belén, que aparece recogido asimismo en el Evangelio de Mateo 2, 2.

Motivo de inspiración para artistas y teólogos, fue el astrónomo Kepler uno de los primeros en relacionar la mencionada estrella con una conjunción astral que resultara visible en la Palestina del siglo I. Su fecha de aparición fue precisamente el año 7 a. J.C., lo que coincide con el nacimiento de Jesús en un tiempo anterior a la muerte de Herodes tal y como señalan los Evangelios. Por añadidura, existe un

nuevo dato documental que apunta al nacimiento de Jesús en esa fecha.

El Evangelio de Lucas 2, 1 ss señala que la familia de Jesús se vio obligada a desplazarse a Belén obedeciendo una orden de censo relacionada con el romano Quirino. La veracidad de este dato se ha discutido ocasionalmente pero, hoy por hoy, resulta irrefutable y también es indiscutible que se produjo en las fechas señaladas, como dejaron de manifiesto los hallazgos arqueológicos realizados a finales del siglo XIX por el británico William Ramsay.

El nacimiento de Jesús en la época de Herodes iba a tener consecuencias de especial trascendencia. Fundamentalmente iba a constituir un argumento nada débil a favor de que Jesús fuera considerado Mesías por muchos de sus contemporáneos. De acuerdo con el Antiguo Testamento, el Mesías —literalmente, «ungido»— iba a ser un personaje de la estirpe del rey David que salvaría a Israel y, al mismo tiempo, redimiría a la Humanidad. Las características —e incluso la fecha de aparición— de ese personaje providencial se habían ido perfilando en una sucesión de escritos considerados proféticos cuya redacción se extendió del siglo XV al siglo V a. J.C.

Curiosamente, una de las profecías contenidas en el libro del Génesis, el primer libro de la Biblia, en el versículo décimo del capítulo 49, señalaba precisamente que la llegada del Mesías (el Silo) tendría lugar justo en un momento en el que sobre Israel reinara un personaje que no perteneciera al pueblo judío. Esa circunstancia históricamente sólo se dio con Herodes el Grande, precisamente el monarca durante cuyo reinado nació Jesús.

No se trataba del único vaticinio mesiánico que coincidía asombrosamente con las circunstancias del nacimiento de Jesús. La denominada profecía de las setenta semanas contenida en el libro veterotestamentario del profeta Daniel 9, 20 ss apuntaba también a una fecha de aparición del

Mesías que coincidía con la del nacimiento de Jesús. El Mesías, por tanto, debía nacer en esa época.

Conocemos, así, el año aproximado —7 a. J.C.— en que nació Jesús, pero ¿qué sucede con lo relativo al día y el mes? La fecha del 25 de diciembre no es anterior al siglo IV e incluso en no pocos países se celebró el nacimiento de Jesús el 6 de enero —actual fiesta de los Reyes— hasta bien entrada la Edad Media, por lo que la base para considerarlo la fecha histórica del alumbramiento de Jesús resulta débil. Por otro lado, en esa época del año las condiciones climatológicas de Belén, el lugar donde nació Jesús, son generalmente muy frías y encajan mal con los datos evangélicos referentes a unos pastores que dormían al raso. Más posible, desde luego, es que Jesús naciera en una fecha cercana a la primavera.

Finalmente, debemos detenernos en la cuestión del lugar del nacimiento de Jesús. La profecía de Miqueas escrita en torno al siglo VIII a. J.C. señalaba en su capítulo quinto que el Mesías debía nacer en Belén, la población en la que había visto la primera luz el rey David. Ciertamente, en los Evangelios Belén aparece también contemplada como la ciudad donde nació Jesús. Se ha convertido en una moda decir que ese dato es falso y que, en realidad, Jesús nació en Nazaret, pero la verdad es que no poseemos una sola afirmación en fuentes antiguas que implique el nacimiento de Jesús en esa localidad de Galilea —aunque sí su residencia posterior— y, además, las fuentes son unánimes en apuntar a Belén. Pasar por alto esos datos resulta, por tanto, una falta de sensatez historiográfica realmente pasmosa. Por otro lado, el nacimiento de Jesús en Belén se corresponde con otros datos documentales que poseemos sobre Él. Tanto los Evangelios como el Talmud apuntan a su pertenencia a la estirpe de David, posiblemente a través de una rama secundaria, y sabemos igualmente por Eusebio, que cita de fuentes anteriores, que todavía a finales del si-

glo I el emperador romano Domiciano ordenó el interrogatorio de parientes cercanos de Jesús para asegurarse de que no se unirían a movimientos de carácter antimesiánico dada su relación con el linaje de David. Que por tanto la familia de Jesús acudiera a Belén para cumplir con el trámite del censo y que en el viaje se produjera su nacimiento —un dato corroborado por distintas fuentes— tiene una carga de verosimilitud nada desdeñable.

Ciertamente, Jesús no nació el 25 de diciembre del año cero, pero los datos proporcionados por los Evangelios encuentran su corroboración en fuentes independientes de los mismos. Lo que se desprende de esas noticias tiene una enorme importancia en la medida en que nos arroja luz sobre los primeros momentos no sólo de la vida de Jesús sino también del cristianismo. Jesús nació en el momento, en la familia y en las circunstancias apuntadas por los profetas para que tuviera lugar el nacimiento del Mesías y, de manera sorprendente, a medida que se fue desarrollando su vida otras notas referentes a aquel misterioso personaje se fueron dando en él como es el caso de su pasión y muerte descritas varios siglos antes del nacimiento de Jesús en el capítulo 53 del profeta Isaías. En este hecho radica en buena medida una de las claves para comprender el impacto que Jesús, su vida y su enseñanza tuvieron desde el principio.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La relación entre Jesús y los esenios de Qumrán ha sido objeto de algunos tratamientos que —justo es decirlo— no han resultado siempre ni apropiados ni rigurosos. Hace años que vengo trabajando en la redacción de un estudio monográfico sobre el tema, estudio que, dicho sea de paso, nunca consigo concluir fundamentalmente porque, previamente, he terminado otros sobre el Documento Q, los Evangelios y los documentos del mar Muerto.

Hasta que tenga la oportunidad de finalizar esa investigación de años, sin embargo, he realizado diversos acercamientos al tema en *Los esenios y los rollos del mar Muerto* (Barcelona, 1993), *La verdad sobre los manuscritos del mar Muerto* (Madrid, 1995) y *Los esenios de Qumrán* (Madrid, 1996). A esos tres estudios —y a su correspondiente bibliografía— remito al lector que desee ampliar su conocimiento sobre el tema.

2

¿Fue Jesús de Nazaret un esenio?

La identificación de Jesús con un grupo determinado de entre los que circulaban por el Israel del siglo I ha dado origen a no escasas especulaciones. Una de las más populares —especialmente tras el descubrimiento de los denominados documentos del mar Muerto— ha sido la de identificarlo con uno de los miembros de la secta esenia que residía en Qumrán. Sin duda, la documentación de que disponemos para analizar esta cuestión no es en el momento actual escasa. Eso nos permite plantearnos y responder categóricamente a la siguiente pregunta: ¿fue Jesús un esenio?